ANÁLISIS TEMÁTICO: textos y notas

Se abordan aquí varios temas sumamente significativos, entre ellos, la CNT como autocreación de los trabajadores, el contexto de los hombres que la iniciaron, la experiencia de una cooperativa de producción, el movimiento obrero y el catalanismo, y un conmovedor testimonio de los últimos días de Joan Peiró.

Los hombres que hicieron la CNT. Presentación y contexto de Joan Peiró

Ignacio de Llorens

I. La generación de la CNT

Nacidos hace cien años, los hombres de la generación a la que pertenecía Joan Peiró fueron, de hecho, quienes hicieron la CNT. Tomaron el relevo de las generaciones intermedias entre los hombres de la primera Internacional y los cenetistas. Toda una larga travesía del desierto. Lo cierto es que a comienzos del siglo, desencantados definitivamente los trabajadores del aventurismo político de republicanos y radicales, confiaron sólo en sus propias energías y en la proyección solidaria, pasando a autoorganizarse. Ateneos sindicalistas, sociedades de oficio, centros cultuales y todo un amplio mosaico de agrupaciones libres del patronazgo político brotaron por doquier y fueron desembocando en la caudalosa corriente libertaria.

La organización Solidaridad Obrera, haciéndose eco del estado de ánimo rebelde y de las iniciativas autoorganizativas de los trabajadores catalanes, auspiciados por la tradición libertaria de la primera Internacional y recibiendo los nuevos planteamientos del, a la sazón, recién creado sindicalismo revolucionario francés, empezará por agrupar, coordinar y proyectar la fuerza obrera libertaria para hacerla susceptible de incidir decisivamente en la marcha de la sociedad y posibilitar su transformación revolucionaria. Para ello la organización debía fortalecerse y hacerse extensiva a otras zonas del país, trascendiendo el ámbito catalán. Era, pues, el sentir generalizado el ir hacia la creación de una organización poderosa que llegase a cada rincón de la nación. Como muestra de ello baste una cita de una de las figuras más importantes del anarquismo, el pedagogo Francesc Ferrer Guardia, quien, en 1908, escribía: «Nosotros nos organizamos, en la medida de lo posible, formando sindicatos y federaciones para llegar a la constitución de la confederación nacional del trabajo español».[1]

En el congreso celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, en 1910, en el que se va a tomar el acuerdo de constituir la CNT, participan los hombres que van a asumir el protagonismo de la lucha obrera libertaria en los años inmediatamente posteriores, y que por aquel entonces contaban con poco más de veinte años. Así estuvieron en las deliberaciones del congreso: Salvador Seguí, Camilo Piñón, los hermanos Bueso, Simó Piera y el propio Joan Peiró, entre otros. La transición y relevo entre Solidaridad Obrera y la CNT la va a hacer Josep Negre, último secretario de Solidaridad Obrera y primero de la Confederación. Y con Negre, figura hoy muy olvidada, todos aquellos que se habían curtido en las duras batallas de fin de siglo, en las jornadas de la Semana Trágica, en los rigores represivos del proceso de Montjuic...

La cuestión es que, en efecto, esta generación de jóvenes libertarios será la que empezará a cargar sobre sus espaldas el peso organizativo de la Confederación desde entonces, 1910, hasta la proclamación de la segunda República, en 1931. Uno de los componentes de esta generación, Simó Piera, nos lo confirma: «Los militantes de la CNT éramos hombres jóvenes, los de más edad, difícilmente pasaban de los cuarenta años; eso la hacía una organización fuerte y dinámica».[2] Ellos hicieron de la CNT el mejor instrumento de lucha

obrera y libertaria. Y lo hicieron ajustando sus reflexiones, las propias luchas cotidianas o las grandes huelgas generales, al anhelo de conseguir cambiar la vida, de llegar a una sociedad libre, para lo cual dejaron de lado el mero reformismo económico, el aventurismo político y la conspiración de café, sustituyéndolo por la experimentación constante de una solidaridad revolucionaria.

Momentos importantes en este proceso serán, por lo que a ajustes organizativos se refiere, la creación de los sindicatos de Ramo, a propuesta de Seguí, en el congreso de Sants, de 1918, para la regional catalana, y en 1919 para el global de la CNT; así como el inicio del lento camino que habría de llevar a la constitución delas Federaciones Nacionales de Industria a propuesta del asturiano Eleuterio Quintanilla y, posterior y principalmente, de Peiró, aprobándose en el Congreso de 1931, aunque se aplicaron muy irregularmente.

En el terreno de la lucha, la gran arma de la CNT va a ser la huelga por solidaridad, que posibilita que ningún atropello de la patronal quede sin respuesta, a la vez que prepara el clima prerrevolucionario. Junto a la huelga por solidaridad hay que destacar la huelga moral, por la cual los trabajadores se negaban a hacer productos que considerasen nocivos, adulterados, inhumanos, tarea en la que hoy habría muchos motivos para el descontento.

De este modo, durante estos años se realizaron las huelgas más formidables y exitosas, conquistándose grandes mejoras de las condiciones laborales. Pero también, y a consecuencia de ello, se tuvo que hacer frente a las más duras condiciones represivas: el pistolerismo y la posterior dictadura de Primo de Rivera.

La CNT, como se desprende de lo ya apuntado, fue la autocreación de los trabajadores. Quiere decirse con ello que no intervinieron directamente en su fundación y puesta en marcha ni políticos ni tan siquiera los intelectuales del propio movimiento libertario, tales como Anselmo Lorenzo, Federico Urales, Ricardo Mella, etc. Luego, los hombres de la generación de Peiró que dieron forma a la CNT eran todos ellos de origen humilde. Nacidos en los barrios obreros de Barcelona o en las poblaciones aledañas, se criaron en ambientes paupérrimos. Por entonces la stuación de los hijos de los trabajadores era verdaderamente aterradora. Al alto índice de mortalidad infantil por falta de alimentación adecuada y de higiene, se unía la carencia de educación y la necesidad imperante de que a partir de los ocho o nueve años se iniciaran como aprendices en los más duros trabajos. Poco se había avanzado desde que Engels escribiera *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, por otra parte, su único libro aceptable.[3] De hecho en los testimonios sobre la situación del empleo infantil de la época podrían trazarse verdaderas estampas dickensianas.

Pocos trabajos resultaban tan duros para un niño aprendiz como el horno de vidrio, que es donde empezó a trabajar Peiró, siendo el oficio de vidriero el que desempeñara toda su vida, exceptuando cuando ejercía como director de la *Soli*, o de ministro, cargo que abandonó para volver a soplar vidrio. Las afrentas que en los hornos tenían que recibir los niños aprendices no hallan parangón. Empezaban por carecer de sueldo, se les daban una suerte de propinas. En el trato diario eran humillados no sólo por el patrón, sino principalmente por los propios compañeros adultos, los vidrieros de oficio. Emili Salut, amigo íntimo de Seguí, nos ha dejado su testimonio al respecto: «La mayor desgracia la tenían los que entraban en un horno de vidrio. En aquellos tiempos este rabajo era verdaderamente una infamia para las criaturas de pocos años, a las que se veía moverse entre el fuerte contraste de oscuridad y luz cegadora. [...] Allí dentro los pobres pequeños aprendices eran mandados a gritos por mayores desaprensivos».[4]

Otro militante libertario de la época, Simó Piera, pasó también por un horno de vidrio, en el barrio de La Bordeta. Nos cuenta que el horario era agotador, de cinco de la mañana a siete de la tarde. Al salir, para completar la diversión del día, a los aprendices no se les ocurría nada mejor que organizar guerras a pedradas con compañeros de infortunio de otras fábricas o talleres. Así, comenta Piera: «Los trabajadores éramos como bestias... sólo nos habían educado para la violencia».[5]

José Peirats, que pertenecía a una generación posterior, también tuvo la suerte de iniciarse, a los ocho años, en un horno de vidrio. Allí, nos contaba en una conversación personal, le sucedió que en cierta ocasión rompió una pieza al intentar sacarla del horno, cosa que hacía con un palitroque que debía agenciarse hurgando en la pila de leña. Comoquiera que la punta del palo se iba quemando conforme se utilizaba, había que estar constantemente cambiándolo. El infortunado día en que se le cayó la pieza, el vidriero de oficio se abalanzó sobre él y le propinó un puñetazo que le hizo sangrar y perder el conocimiento a ese aprendiz de ocho años que era entonces Peirats. Cuando consiguieron reanimarle se dirigió a quien

le había golpeado diciéndole: «ahora soy pequeño, pero cuando sea mayor te buscaré y me vengaré». Años después fue a cumplir su promesa, pero el vidriero de marras ya había muerto.

Como puede verse, a la explotación del patrón se unían los malos tratos de los propios compañeros, lo cual, unido al ya de por sí duro oficio, a lo precario de los utensilios de trabajo y a la crudeza general de la situación obrera, daba un panorama estremecedor. Peiró dedicó todo su esfuerzo a mejorar la indigna condición del asalariado y su brutal actitud y comportamiento, y poco antes de la guerra civil mucho había cambiado ya la situación en los hornos de vidrio de todo el país gracias a la actuación de la CNT y de la poderosa Federación Nacional del Vidrio que había organizado Peiró.

Si común a toda esta generación era el origen humilde y la iniciación precoz en el mundo del trabajo, hay que tener en cuenta, como ya se ha apuntado, el hecho de que todos ellos habían nacido en Barcelona u otras ciudades próximas, así es que no puede discutirse el carácter catalán de toda esta pléyade de militantes, tales como Seguí, Peiró, Viadiu, Piera, Manent, Clarà, Piñón, Canela, Fornells... Por más que ello moleste a los historiadores catalanes oficiales, empeñados en atribuir la importancia del anarcosindicalismo en Cataluña a la llegada de los «murcianos», pues para ellos el pueblo catalán, portador del *seny*, del sentido común por antonomasia, no puede ser algo tan absurdo como anarquista.

Cuando se agotaron las minas de Murcia y la gente emigró hacia el norte, hacia la ciudad condal, para poder ganarse la vida, no trajeron con ellos la CNT, la encontraron en Barcelona, como encontraron también a la UGT y a todo el amplio abanico de opciones políticas. Pero se hicieron cenetistas, en su mayoría, porque en la CNT se les defendía vigorosamente y se procuraba instruirles; no se les discriminaba y podían integrarse en igualdad de condiciones a las actividades sindicales; no se les pedía el voto, ni la obediencia, ni el silencio.

De modo que quienes quieren escribir una historia de Cataluña en base a una cerril visión nacionalista y burguesa, deberían reconocer, so pena de falsear los hechos, que ha sido en Cataluña la zona del mundo donde han habido más anarquistas, y no por importación, sino por el propio desarrollo social.

La Cataluña del tendero, el empresario, el banquero, Sant Jordi, etc, es una, pero no la única, junto a ella está la Cataluña libertaria, la de las cooperativas, los ateneos, las colectivizaciones autogestionarias y la CNT. Pero esta es una vieja discusión que viene de muy lejos. En 1928, estando Peiró en la cárcel, participó en una polémica sobre el carácter anarquista del proletariado catalán, cruzando una serie de interesantes artículos en discusión con Maurín, Nin, Aiguadé y Vidella, marxistas y catalanistas. Ya entonces Peiró sostenía que el anarcosindicalismo catalán hundía sus raíces en el federalismo del XIX, en Pi i Margall y Farga Pellicer.[6] No podemos ahora detenernos en el tema, pero de hecho, cuando Fanelli, el enviado de Bakunin, llegó a Barelona se puso en contacto con los núcleos federalistas y se encontró con bakuninistas *«avant la lettre»*.

Habiendo vivido una infancia miserable, poco era el tiempo en que los componentes de esta generación pudieron ir a la escuela. Seguí la abandonó a los seis años, o sea que apenas la frecuentó. Peiró no fue, y aprendió a leer y a escribir a los veintidós años. Viadiu se hizo con una vasta cultura literaria gracias a las librerías de lance, allí conseguía los libros por módico precio y se iba a las laderas del Tibidabo a tumbarse bajo cualquier pino, no descendiendo a la ciudad hasta que no había acabado con todas sus provisiones literarias. Fueron pues todos ellos genuinos autodidactas. Tal vez por ello sentían una pasión por la lectura y la instrucción, porque era algo de ellos, conquistado con gran esfuerzo y disfrutado con deleite. Así, leían cuanto caía en sus manos, y en los sindicatos no faltaba nunca la biblioteca. No es de extrañar, pues, que el pintor de brocha gorda que fue Seguí, tuviese como autores predilectos a Aristóteles, Kant y Nietzsche. Nombres que apenas les deben sonar a los líderes del sindicalismo reformista de nuestros días. Así se explica también que el relojero Ángel Pestaña en sus ocho años como director de *Solidaridad Obrera* convirtiera el diario en uno de los ejemplos más modélicos de periodismo de denuncia.

Pero de todo ello, con ser importante, no habría bastado si no hubiera ido unido a la gran capacidad organizativa y de acción que demostraron esos hombres. La gran tarea de organizar la CNT, crear sus estatutos, dotarla de un cuerpo teórico a través de ponencias, discusiones interminables, constante correspondencia, informes minuciosos sobre mil y un aspectos... todo ello, el oscuro trabajo cotidiano, supone una tarea ímproba, especialmente cuando debe desarrollarse al final de largas y devastadoras jornadas laborles, pues, como es

sabido, en la CNT no había burócratas a sueldo, funcionarios de sindicalismo revolucionario. Hay que hacer constancia, asimismo, del propio funcionamiento asambleario, autogestionario de la Confederación. Quienes hicieron la CNT supieron levantar una formidable red de reflexión, acción y comunicación cuya eficacia se puso a prueba en las grandes huelgas de 1917 y 1919, por las cuales se paralizó la ciudad y la región, mientras los cuerpos represivos y el mismo ejército patrullaban por las calles y el hambre acuciaba los estómagos. Por entonces los trabajadores no disponían de ahorros, vivían al día y cuando no llegaba el sueldo, cosa harto frecuente, se fiaba en las tiendas. En esas condiciones, aguantar cuarenta días de huelga, como sucedió en 1919, revestía caracteres épicos. Y el sindicato salió airoso de la prueba, pero poco tiempo tuvo para saborear la victoria, pronto los patrones contrataron pistoleros para diezmar sus filas.

El funcionamiento en base a la democracia directa que constituía a la CNT, se presentaba como un modelo alternativo de participación democrática. Frente a la *representación,* la *participación.* Resulta más fácil dictar órdenes desde la cúspide que buscar el acuerdo en la base. Establecer un mecanismo de participación y acuerdo colectivo horizontal, antijerárquico y antielitista que sirviera tanto en época de paz como de guerra, para la reflexión como para la lucha, fue el empeño y el logro de quienes hicieron la CNT.

De este modo, aproximándonos, siquiera someramente, a lo que constituye los rasgos distintivos de la generación a la que pertenecía Peiró, nos acercamos también a su propio perfil. Así es que, en resumen, eran todos ellos de origen humilde, habiendo sufrido desde la más tierna infancia, supieron luchar para acabar con la situación de asalariado y de expoliar en qué vivían. Reflexionaron profundamente sobre la situación en la que se hallaban y buscaron por sí mismos las formas de obtener la emancipación, y en todo momento se guardaron de pedir para ellos mismos prebendas y privilegios. Supieron estructurar la CNT como organización de defensa y de combate, de educación y convivencia, sin hacer dejación de la personalidad, ni abdicación de el derecho a decidir por uno mismo. Hombres de organización, lo fueron también de acción y aguantaron el tipo cuando los pistoleros los perseguían para darles muerte. Algunos murieron y todos sufrieron presidio. Frente al penoso espectáculo de corrupción y manipulación que representaban los políticos, establecieron un

contrapunto de dignidad y honradez que ha marcado un hito en la historia de los movimientos sociales.

II. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo

El carácter popular del anarquismo hispánico le permitió constituirse como proyección del anhelo insurgente y del ánimo rebelde del pueblo español, postrado a los pies de las clases poderosas y del Estado. A diferencia de lo que sucedió en otras partes, el anarquismo en España no hizo más que dar sentido y coherencia a esos deseos de liberación.

Los intelectuales anarquistas españoles, salvando la excepción de Urales y Mella, han sido hombres de organización, luchadores en contacto con los trabajadores, siendo constantemente trabajadores ellos mismos, e incluso han desconfiado de los intelectuales que pierden ese contacto, propensos a «vivir del cuento». No es de extrañar que la I Internacional cuajara aquí más y mejor que en ningún otro sitio. Y cuando en todas partes se consiguió arrinconar al anarquismo como sinónimo de terrorismo, a lo que dio pie los actos violentos de la llamada «propaganda por la acción», en España, todo y con producirse numerosos hechos de ese tipo, la artera identificación de anarquismo con terrorismo no funcionó y los únicos que se lo acabaron creyendo fueron los mismos que hicieron correr semejante especie. Tampoco el movimiento libertario se dejó confundir por esa añagaza del poder. Sus raíces populares eran demasiado profundas para ello.

Pronto se comprobó que la sociedad libertaria no iba a surgir ni por el contagio revolucionario que en las denominadas masas pudiera despertar un acto justiciero determinado, como quedó probado hasta la saciedad, ni mediante una insurrección aislada en pueblos o comarcas, motines que acababan con la llegada de la tropa. El contagio susceptible de poner en marcha la rebelión espontánea del pueblo no se produjo mediante ninguno de los dos medios. Luego había que buscar formas más en consonancia con el propio proyecto libertario que garantizaran en lo posible el triunfo revolucionario.

De esta manera, tras el fracaso del acto justiciero y de la revuelta comarcal, la concepción de la revolución que fue abriéndose paso provino de las posibilidades que ofrecía el movimiento obrero, de modo que la revolución llegaría mediante el empleo correcto del arma más poderosa que se disponía: la huelga general. Este planteamiento de un

sindicalismo de corte revolucionario, que recogía la herencia de la I Internacional,[7] empezó a surgir a partir de la creación de las llamadas «Bolsas de Trabajo»,[8] que organizó el anarquista francés Ferdinand Pelloutier y se consolidó en el Congreso de Amiens, en 1905, cuando la CGT se dio su carta fundacional, definiendo el sindicalismo revolucionario al margen de la mediación política.

Este sindicalismo revolucionario llegó a España gracias, básicamente, a Ferrer Guardia, hombre muy conocedor de los ámbitos libertarios franceses. Trajo consigo los textos de los sindicalistas libertarios y los fue publicando en la editorial de la Escuela Moderna, en traducciones de Anselmo Lorenzo y José Prat.

En la vieja *Solidaridad Obrera* se irán filtrando las concepciones del sindicalismo revolucionario francés, que se proyectarán en la constitución de la CNT. No obstante habrá que esperar a 1922 para que internacionalmente pase a adoptarse la denominación de *anarcosindicalismo,* creándose la segunda versión de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), que todavía pervive en nuestros días. El proceso que lleva del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo no es un cambio cualitativo tan importante como a veces se ha querido destacar.[9] Para la CNT el paso definitivo se dio en el denominado acuerdo político del pleno de Zaragoza de 1922, firmado por Pestaña, Seguí, Peiró y Viadiu. Allí se hacía constar, escuetamente, el propósito de superar el neutralismo político de la CGT y aspirar a una incidencia política en la sociedad, matizando que por política se entendía la participación en el conjunto de la problemática social y no el mero ejercicio de gobierno. La relación entre los sindicatos y el anarquismo la establece claramente Peiró en *Ideas sobre sindicalismo y anarquismo,* donde deja bien claro el papel de los anarquistas en los sindicatos, que no es otro que el de influir y dar a conocer los valores y planteamientos libertarios, sin por ello tener que cerrar la puerta de los sindicatos a los trabajadores que no conozcan, se interesen o rechacen la definición de anarquistas. La ascendencia de los anarquistas en los sindicatos debe hacerse por vía del diálogo, la educación y el ejemplo, no mediante el control ideológico.

El anarcosindicalismo es portador de una concepción revolucionaria que va a oponerse a la afición conspirativa y al golpismo insurreccional que en la época de la II República va a asumir la FAI.

Así pues, la CNT, tras su experiencia prerrevolucionaria obtenida en las grandes huelgas de 1917 y 1919, es consciente de sus fuerzas y comprende hasta donde alcanzan las posibilidades revolucionarias que tiene ante sí. De este modo en 1919, en el Congreso de la Comedia, se concreta la aspiración revolucionaria de la Confederación: el comunismo libertario, se establecen contactos internacionales y se intenta tomar posición frente a la revolución bolchevique.

La coyuntura revolucionaria por la que atraviesa por entonces Europa (Hungría, República de Weimar, los Consejos de fábrica italianos, la propia Revolución rusa, etc) influye, como es lógico, en la CNT, pero ésta no pudo incorporarse plenamente a los intentos revolucionarios que se venían sucediendo en otras partes debido, principalmente, a que le pilló pronto. Su desarrollo había alcanzado la madurez en Cataluña y Andalucía, pero en el resto del Estado no se había logrado todavía ascendencia suficiente. Conscientes de esta carencia, los hombres del Congreso de 1919 se lanzaran a la organización de giras por las regiones con menos presencia libertaria, pero no pudo hacerse más. Tras la derrota sufrida en la huelga de la Canadiense, la burguesía le declaró la guerra a la CNT y se inició la gran batalla del pistolerismo. Salvador Seguí, que fue abatido a tiros en 1923, había escrito un cuento en el que reflejaba el ambiente que se vivía en aquellos años en Barcelona, allí nos dice: «Desde este momento ya no se pensó más que en destruir aquella gran organización proletaria: todo lo que se hiciera contra ella sería aprobado por los políticos catalanes, que contaban con el apoyo de una burguesía inculta y egoísta».[10]

Además de los pistoleros a sueldo, tuvieron en su contra a la policía y al ejército, en una suerte de guerra no declarada de la que apenas hubo repercusión o conocimiento oficial en el resto del país. Finalmente, llegó la dictadura, y mientras se toleraba el socialismo organizado, se persiguió con ahinco al anarquismo: locales cerrados, periódicos silenciados y buena parte de la militancia poblando las cárceles o en el exilio. Con la instauración de la II República se pudo volver a organizar los sindicatos, pero por entonces la coyuntura internacional había cambiado. Del clima prerevolucionario se había pasado a la ascensión del fascismo, que se enseñoreaba de Italia y Alemania, mientras en Rusia toda esperanza de liberación había sido pisoteada y se vivía en el más feroz estalinismo.

En España, lejos de intentar reconstruir el proceso anarcosindicalista de re-

volución que había quedado interrumpido durante la dictadura, la CNT optó por las tesis insurreccionales faístas. En el verano de 1936 llegó la revolución, pero no como cumplimiento de un proceso, sino forzada por las circunstancias. Todo y con ello, la revolución autogestionaria de las colectivizaciones marcó el techo de las transformaciones sociales liberadoras, aplicándose, ahora sí, las concepciones anarcosindicalistas de la revolución.

III. Peiró, primer teórico del anarcosindicalismo español

Hemos descrito aneriormente las duras condiciones laborales existentes en el ramo del vidrio. Pues bien, la aportación de Peiró para mejorarlas fue fundamental. Su lucha, sus desvelos, su esfuerzo fueron más allá del mero inento reformista, fue una lucha revolucionaria, para lo cual llegó, incluso, a organizar una cooperativa autogestionaria como modelo alternativo y puso por obra el proyecto de Eleuterio Quintanilla creando la Federación Nacional del Vidrio. Viajó por todo el país organizando sindicatos y federaciones del ramo. Por todo ello, la apreciación de su compañero y amigo Josep Viadiu le hace justicia: «Nadie, ninguno de nuestros luchadores ha hecho tanto por su profesión intrínseca como lo hizo Peiró por los vidrieros, ninguna de las federaciones de oficio o de industria, sean de la CNT o de la UGT de no importa qué clase, lugar o idea, realizó una obra más positiva, más liberadora, más humana que la Federación del Vidrio en favor de sus componentes».[11] De este modo, ya en agosto de 1917 se consiguieron para el ramo del vidrio las ocho horas, que luego se generalizaron tras la huelga de la Canadiense en 1919.

La experiencia de Peiró como sindicalista y cooperativista a la vez, le fue enseñando la forma de aplicar las concepciones anarconsindicalistas. Los anarquistas no debían controlar los sindicatos, como pensaban Abad de Santillá y López Arango con su teoría de la trabazón; tampoco necesitaba el sindicato de ningún partido político, como proponía Pestaña. De esta manera Peiró se posicionó frente a unos y a otros. Cuando imperaba la postura insurrecional faísta frente al concepto de revolución popular anarcosindicalista, es decir, una revolución querida y hecha por la mayoría de la población, no por un grupo preclaro, se adhirió al manifiesto de los treinta que redactó Pestaña y pasó a integrar la escisión que supusieron los denominados sindicatos de oposición. Pero, como hemos apuntado, se negó a seguir a Pestaña en su aventura política, por más sindicalista que se dijera el partido que éste creó. Tampoco se dejó seducir por los cantos de sirena de Esquerra Republicana, a la que, empujados por la ascensión faísta, se integraron algunos de sus compañeros de generación como Martí Barrera o Salvador Quemades.

Para Peiró el sentido del anarcosindicalismo provenía del hecho de mantener una constante tensión entre la aspiración revolucionaria y su aplicación cotidiana a las diversas realidades sociales y políticas y a las distintas situaciones laborales y personales. Se podía errar en la decisión, pero el método seguía siendo correcto. De este modo el anarcosindicalismo era algo abierto en permanencia, algo que había que ir haciendo y rehaciendo constantemente, ensayando y errando, para luego rectificar y volver a la carga con mayor acierto. Antes que lanzarse a la huelga o a la revolución había que evaluar bien las condiciones, los métodos y las consecuencias, dejando de lado todo posible espontaneísmo popular, que es algo, por definición, imprevisible sobre lo que no puede basarse el levantamiento revolucionario. Frente al aventurismo político, al lírico y, si se quiere, épico golpe insurreccional, ante la denominada gimnasia revolucionaria, Peiró opuso una categórica reprobación: no puede jugarse con la vida de los trabajadores. La concepción revolucionaria del anarcosindicalismo es profundamente democrática, es decir, que la revolución debe ser obra de los trabajadores mismos, controlada directamente por ello. Recogiendo la preocupación de Kropotkin por el día después del hecho insurgente, lo importante es asegurar las posibilidades de subsistencia, la conquista del pan.[12]

De este modo, la visión de Peiró del anarcosindicalismo resulta todavía vigente. La aceptación de esa tensión permanente, la deliberación constante para adecuar la aspiración revolucionaria a la realidad, sin someterse a ésta, pero incidiendo en ella, mantiene al día su preocupación y lo previene en contra de la domesticación a las formas de integración al Sistema imperante. Nadie profundizó tanto en la experiencia teórica y práctica del anarcosindicalismo como Peiró, de ahí que su figura y obra merezcan ser consideradas en todas las ocasiones en que los trabajadores aspiren a una forma de vida más digna.

NOTAS

1. *El Progreso*, 29-XII.1908. Cit. por Jordi de Cambra Bassols en *Anarquismo y positivismo. El caso Ferrer*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981, p. 33.
2. Simó Piera, *Records i experiències d'un dirigent de la CNT*, Barcelona, Pòrtic, 1975, p. 163.
3. Josep Viadiu cita al respecto a Bertrand Russell, quien en su libro *Inglaterra 1840-1914* describe escenas de explotación infantil común al capitalismo de la época. Véase «Joan Peiró y Belis. Un hombre de la CNT», *Combat Syndicaliste* (París), 3-6-1971. Reproducido en la presente revista.
4. Emili Salut, *Vivers de revolucionaris. Apunts històrics del districte cinquè*, Barcelona, Librería Catalonia, 1938, p. 45.
5. Simó Piera, *op. cit.*, p. 23.
6. Véase: Albert Balcells, *El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926-1934*, Madrid, Júcar, 1979.
7. Los textos de Bakunin sobre la I Internacional son, de hecho, anarcosindicalismo *avant la lettre*. Véase la antología *La anarquía según Bakunin*, Barcelona, Tusquets, 1976.
8. Véase, especialmente, Fernand Pelloutier, *Historia de las Bolsas de Trabajo*, Madrid, Zero, 1977, y Eduard Dolleans, *Historia del movimiento obrero*, Madrid, Zero, 1974.
9. Un documentado estudio sobre la época puede encontrarse en el libro de Antonio Bar, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario del anarcosindicalismo (1910-1926)*, Madrid, Akal, 1981.
10. Salvador Seguí, *Escuela de rebeldía*, incluido en el volumen *Narraciones anarcosindicalistas de los años veinte*, Barcelona, Icaria, 1978, p. 35.
11. Josep Viadiu, *op. cit.*
12. Cf. Juan Peiró, *Ideas sobre sindicalismo y anarquismo*, incluido en *El pensamiento de Juan Peiró*, México, CNT, 1959, pp. 156 ss; y en: *Trayectoria de la CNT*, Gijón, Júcar, 1979, pp. 168 y ss.